Unidad didáctica 3

La Biblia y la Palabra de Dios

Contenido

Tema 1: La inspiración divina de la Sagrada Escritura.

1. Testimonio bíblico.

   1.1. Inspiración de los libros del AT. 1.2. Inspiración de los libros del NT.

2. Testimonio de "Dei Verbum".

3. La relación entre Dios y el hagiógrafo.

   3.1. El planteamiento de la cuestión. 3.2. Los primeros siglos de la Iglesia. 3.3. La propuesta de Santo Tomás. 3.4. La reflexión posterior. 3.5. La respuesta del Magisterio.

Tema 2: La verdad de la Sagrada Escritura

1. Concepto semita de verdad.
2. Contacto con la "verdad griega"
3. Contacto con los avances científicos.
4. Primeras líneas de solución.
5. La respuesta del Concilio Vaticano II.

INTRODUCCIÓN

En esta tercera Unidad nos centraremos en el aspecto más divino y sobrenatural de la Sagrada Escritura, a diferencia de las Unidades anteriores, más focalizadas en aspectos históricos y externos. El objetivo de la Unidad es captar cuál es la esencia de la Sagrada Escritura en su realidad humano-divina, cómo ha intervenido Dios en su gestación, en comunión con el hombre (el hagiógrafo).

Si algo hace a la Biblia un libro –o una colección de libros– muy especial, es el hecho de que los cristianos la consideramos la ***palabra de Dios.*** *¿Qué queremos decir exactamente con esta expresión? Fundamentalmente, que los libros tienen a Dios por autor, a pesar de ser también obra humana. Pero esto hay que entenderlo bien y profundizar en su significado, algo que haremos en el tema 1.*

Por su origen divino, porque Dios no puede mentir, afirmamos también que en ella encontramos ***la verdad****. Sin embargo, a veces se escucha hablar de los errores de la Biblia. ¿En qué sentido está presente la verdad en la Biblia? Lo abordaremos en el tema 2.*

Tema 1

La inspiración divina de la Sagrada Escritura

Uno de los rasgos fundamentales de los textos bíblicos es que están divinamente inspirados. Se trata de una **inspiración especial**, distinta a cualquier otro tipo de inspiración que el Espíritu Santo pueda realizar en la historia de la Iglesia. Afirmamos con razón, por ejemplo, que Dios inspiró a tal o cual santo para fundar una orden, o realizar tal acción, o incluso que le inspiró al escribir la regla de la comunidad o una carta importante; también se sostiene, con verdad, que Dios ilumina, inspira o guía con su luz a los obispos de un concilio para que plasmen la verdad que quieren transmitir.

Sin embargo, en todos estos casos estamos hablando de una *inspiración divina* distinta a la inspiración de los libros sagrados. En este caso, la naturaleza de la inspiración es tal que, a diferencia de cualquier otro tipo de escrito, podemos llamar a Dios "autor" de los libros bíblicos. Algo que sólo podemos afirmar de los libros canónicos: son palabra del mismo Dios. Ningún otro texto, por venerado, verdadero o hermoso que sea, por iluminado que haya estado su autor al componerlo, tiene esta característica. Ningún texto conciliar, ninguna plegaria eucarística u oración devota, ninguna revelación mística, ningún canon del derecho canónico o número del Catecismo, aún siendo profundamente cristiano y ortodoxo, es palabra de Dios.

Se trata, por tanto de una inspiración muy especial, de un fenómeno único, en el que vamos a adentrarnos en este capítulo. ¿En qué sentido Dios es autor de la Escritura? ¿Qué papel le queda al *hagiógrafo* (= autor humano)? ¿Qué relación hay entre el *hagiógrafo* y Dios o el Espíritu Santo?

1. Testimonio bíblico

En primer lugar, vamos a rastrear qué dice la Biblia sobre la inspiración. Este tema no es muy tratado en los libros bíblicos, pero los pasajes que mencionan la inspiración de los libros sagrados son significativos.

1.1. Inspiración de los libros del AT

En el AT no aparece el término técnico *inspiración*. No obstante, encontramos con frecuencia expresiones que reflejan una clara conciencia de que lo que se escribe o lo que está escrito ha sido escrito por mandato de Yahvé, y, por tanto, es palabra de Yahvé. Según **Ex 31,18, Dt 4,13 y 10,4** es Dios mismo el que escribe los mandatos que sellan la Alianza sobre las dos tablas de piedra. En la literatura profética abundan los ejemplos en los que el profeta pone por escrito revelaciones divinas. Especialmente significativo es **Jr 36,1-32**, donde Yahvé mismo ordena a Jeremías poner por escrito todas las palabras que le había comunicado en los últimos años. El escrito de Jeremías se presenta como *palabras de Yahvé* (36,6.8.11). Además, en 36,10-11 se afirma, a la vez, que las palabras del libro **son palabras de Jeremías y palabras de Yahvé**.

¿En el AT se explica de algún modo cómo Yahvé inspira sus palabras para que sean escritas? Ciertamente no. Lo que sí se describe con un cierto detalle es la **inspiración profética**, es decir, el proceso por el cual el profeta recibe el influjo divino y se le capacita para hablar palabras de Yahvé, o dicho con otras palabras, es constituido profeta (cf. Zac 7,12; Is 1,1-2; Jr 1,1-4; Ez 2,1-5; etc).

¿Hay alguna diferencia entre la inspiración profética y la inspiración necesaria para que un libro escrito se convierta en palabra de Dios? Parece que sí. La inspiración profética está destinada a ser proclamada, a comunicarse de forma oral, en un contexto histórico determinado. Si el que pone por escrito las palabras lo hace con fidelidad, podemos confiar en que el contenido es inspirado, pero no la forma, es decir, el mismo hecho de escribirlas. Para que estas palabras escritas sean palabra de Dios parece lógico esperar una intervención de Dios que asegure que tales palabras se ajustan a lo que el profeta dijo. Y, además, necesitaríamos tener la certeza de que

Dios ha querido que aquellas palabras proclamadas fueran puestas por escrito como testimonio permanente de su revelación (cf. Is 30,8; Hab 2,1-4).

Pasemos ahora a lo que se afirma en el **NT respecto a la inspiración de los libros del AT**. El mismo Jesús afirma, de pasada, que David (como autor de los Salmos) escribía movido por el Espíritu (cf. Mt 22,43-44). Con más frecuencia aparece en los Hechos de los Apóstoles (cf. Hch 1,16; 4,25; 28,25). Es curioso que en estas citas unas veces se diga que es el Espíritu el que habla (por boca de un profeta) y en otras que es David u otro profeta (por medio del Espíritu). **Concurso humano y divino van de la mano, sin separarse.**

Por otra parte, la **carta a los Hebreos** introduce en varias ocasiones, con la fórmula "Dios (o el Espíritu Santo) dice", pasajes del AT que formalmente han sido dichos por los *hagiógrafos* y no por Dios (cf. Heb 3,7; 4,4; 9,8; 10,15). De ahí deducimos que el autor de Hebreos considera el AT como palabra de Dios.

Más allá de estos textos, hay dos momentos en los que **el NT menciona más explícitamente el fenómeno de la inspiración**:

En **2 Tim**, Pablo exhorta al joven Timoteo a alejarse de los hombres malvados, cuyo futuro es nefasto:

> Tú, en cambio, permanece en lo que aprendiste y creíste, consciente de quiénes lo aprendiste, y que desde niño conoces **las Sagradas Escrituras**: ellas pueden darte la sabiduría que conduce a la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús. Toda Escritura es **inspirada por Dios** (*theópneustos*) y es también útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena (2 Tim 3,14-17)

Al mencionar las Escrituras Sagradas se refiere claramente al AT en general. De éste afirma tres características:

- Otorga la **sabiduría** que conduce a la salvación. La sabiduría en la tradición judía es un **don que sólo Dios puede dar** (cf. Sab 7-9), al igual que la salvación, presentada aquí como un fruto de la sabiduría divina. Estos dones que brotan de la Escritura implican prácticamente un origen divino.

- Es **útil** para llevar a cabo diversas acciones: educar, corregir... Este rasgo, sin embargo, es común a muchos otros escritos y no implica una naturaleza especial en los escritos.
- Por último, la peculiaridad que más nos interesa: "toda Escritura es ***inspirada* por Dios**". El adjetivo empleado, *theópneustos*, es la única vez que aparece en la Biblia[34], y está formado por dos términos: *theos* (Dios) y *pneustós* (del verbo *pneo*, "soplar, moverse como el viento, respirar, expirar"), de la misma raíz que *pneuma*, el término que designa al Espíritu. Por lo tanto, 2 Tim quiere expresar con un vocablo prácticamente nuevo que las Escrituras proceden de Dios a través de su Espíritu, o son "sopladas", insufladas por Dios.

El segundo texto es **2 Pe**, aunque aquí no se habla propiamente de todo el AT sino en concreto de los libros proféticos. El apóstol anima a prestar atención a los textos de los profetas y a sus profecías, de las cuales afirma:

> ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia, pues nunca fue proferida profecía alguna por voluntad humana, sino que, **movidos** (*pheromenoi*) **por el Espíritu Santo**, hablaron los hombres de parte de Dios (*apo theou*) (2 Pe 1,20-21)

Por una parte indica que nadie puede interpretar la Escritura por su cuenta y riesgo. Pero lo que nos interesa ahora no es hablar de la interpretación (cf. U.D.4) sino el motivo que da 2 Pe para prohibir la interpretaciones personales y subjetivas: las profecías de la Escritura **no son exclusivamente obra humana**; si lo fueran, sí podría interpretarlas un hombre cualquiera. Sin embargo, han sido escritas por unos hombres especiales, de los que se afirma:

- Que fueron "movidos", literalmente **"llevados" por el Espíritu Santo**. Es decir, este Espíritu es el que impulsó a los autores a escribir. La responsabilidad del texto y su contenido no recae por tanto sobre el hombre, sino principalmente sobre el Santo Espíritu.
- Que **hablaron de parte Dios**, es decir, confirmando lo anterior, que ellos traen el mensaje, las palabras de Dios a los hombres. De

[34] El término *theopneustos* era usado, junto con otros términos, en la profecía mántica ("adivinación") pagana. La mántica era un don de los dioses que se otorgaba a videntes, sacerdotes y sacerdotisas.

ahí se deduce que sólo serán capaces de interpretar los textos proféticos aquellos que tengan la autoridad del Espíritu Santo. Éstos, en el NT, no son otros que los apóstoles.

Nótese que, a diferencia de 2 Tim, 2 Pe no habla de una propiedad de los escritos, sino de los hagiógrafos, los autores humanos del texto sagrado. A través de ellos es Dios el que habla a los hombres. Ésta es la consecuencia más trascendental de la inspiración: hace que los textos sagrados sean textos por medio de los cuales Dios habla. Son palabra de Dios.

1.2. Inspiración de los libros del NT

Hasta ahora hemos visto lo relativo a la inspiración divina del AT. Del NT es difícil encontrar afirmaciones en el mismo NT, como es lógico, pues son textos escritos en un lapso de tiempo muy corto, y no hay apenas ocasión material para que hablen unos libros de otros, salvo en los textos mencionados al hablar del canon. Allí vimos, en **2 Pe 3,16 y 1 Tim 5,18**, que se equiparaban pasajes del NT con el AT, recibiendo su misma autoridad. Por ello deducimos que les otorgarían la misma inspiración, aunque ésta no se mencione explícitamente.

Hay sin embargo, un texto neotestamentario que sí habla de su propio origen divino. En el inicio del **Apocalipsis**, san Juan señala cuál es la fuente de lo que escribe:

> Revelación de Jesucristo, que Dios le encargó mostrar a sus siervos acerca de lo que tiene que suceder pronto. La dio a conocer enviando su ángel a su siervo Juan, el cual fue **testigo de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo** de todo cuanto vio. Bienaventurado el que lee, y los que escuchan las palabras de esta profecía, y guardan lo que en ella está escrito (Ap 1,1-3)

No se refiere a todos los libros del NT, sino sólo al propio **Apocalipsis**, pero consideramos que lo que se dice de la inspiración de este libro se puede predicar de los demás libros bíblicos.

- Lo primero que se afirma es *que procede de Jesucristo*: el contenido del libro es lo que Dios le ha encargado a su Hijo mostrar a los

cristianos. Así también el resto del NT tiene su origen en Jesús y contiene lo que Dios quiere mostrarnos.

- El segundo dato es que el hagiógrafo –en este caso San Juan, pero extensible a los demás autores del NT– es considerado "testigo de la palabra de Dios". Ciertamente lo es, pues testimonia la revelación, pero no en su nombre, sino en el de Dios mismo.

2. Testimonio de "Dei Verbum"

En el nº 11 de la constitución dogmática que retoma el dogma de la inspiración enseñado por el Concilio Vaticano I (1870), en *Dei Filius* II, leemos:

> Las verdades reveladas por Dios, que se contienen y manifiestan en la Sagrada Escritura, se consignaron por *inspiración del Espíritu Santo*. La santa Madre Iglesia, según la fe apostólica, tiene por santos y canónicos los libros enteros del Antiguo y Nuevo Testamento con todas sus partes, porque, escritos bajo la *inspiración del Espíritu Santo*, tienen a Dios como autor y como tales se le han entregado a la misma Iglesia.

Tenemos dos afirmaciones principales en este párrafo. La primera se refiere a las **verdades contenidas en los libros** sagrados: son fruto de la inspiración del Espíritu Santo. Cabría preguntarse si sólo es obra del Espíritu estas verdades, y el resto de lo que encontramos en los libros sagrados no está inspirado. Sin embargo, la segunda afirmación no deja lugar a dudas: "los libros enteros del AT y del NT con todas sus partes" están escritos bajo inspiración del Santo Espíritu. Así pues, la inspiración **afecta a toda la Escritura**, a todas sus palabras. Por último, la consecuencia de la inspiración es muy seria: la Biblia ha sido tan divinamente inspirada que podemos verdaderamente considerar a **Dios autor de la misma**, de todas sus partes.

Nótese que en la *Dei Verbum* no se habla nunca de libros inspirados, sino de libros sagrados, canónicos, santos...pues lo que se inspira es la acción de poner por escrito la palabra divina.

3. La relación entre Dios y el hagiógrafo

3.1. El planteamiento de la cuestión

La cuestión que más quebraderos de cabeza ha traído siempre a los estudiosos de la inspiración es la siguiente: en la elaboración de la Sagrada Escritura han intervenido dos personas:

- Dios inspirando, y
- el hagiógrafo recibiendo la inspiración.

La Biblia es por lo tanto fruto de la acción de los dos, de la colaboración de ambos. Ahora bien, ¿qué aporta cada uno de ellos a la obra sagrada? ¿qué relación se da entre ambos a la hora de escribirse los textos sagrados?

3.2. Los primeros siglos de la Iglesia

Durante el *período patrístico*, los Padres ponían de relieve sobre todo que Dios era el autor de la Sagrada Escritura[35]. Alonso Schökel indica que en la época patrística había varias imágenes, analogías o símbolos para presentar el fenómeno de la inspiración[36]. Pero estas imágenes no competían entre sí, como si fuesen hipótesis de explicación alternativas, sino que son símbolos complementarios que nos acercan al misterio de la inspiración, como un haz de imágenes convergentes. Veámoslas:

La más frecuente e importante es la del **instrumento**. Es cierto que en algunos autores podría dar la impresión de que se anula la acción del hombre, como si fuese un instrumento pasivo de Dios[37]. Sin embargo, se intenta subrayar que el hombre también colabora con

[35] Los primeros Padres hablan del fenómeno de la inspiración sin usar este término. Excepción a la regla es Hipólito Romano, que utiliza la expresión *theopneustos* en una ocasión. Tertuliano parece ser el primer Padre que introduce la correspondiente expresión latina inspiratus dentro del lenguaje de la teología, adquiriendo, desde entonces, el valor de un término técnico dentro de la literatura occidental.

[36] Cf. Alonso Schökel, *La palabra inspirada*, 56-76.

[37] Así **Teófilo de Antioquía** escribe: "Pero Moisés, que existió muchos años antes que Salomón, o más bien el Logos de Dios, habla por medio de él como por medio de un instrumento" (*Ad Autol.* 2,10). Más allá va **Atenágoras** comparando el éxtasis del profeta con una "flauta en manos del flautista" (*Leg. pro christianis* 9). Por otro lado, los textos que se refieren directa y exclusivamente al carácter inspirado de la Escritura son pocos y especialmente sobrios. Así la primera carta de Clemente dice: "Vosotros habéis escudriñado las Sagradas Escrituras, que son veraces y [fueron dadas] por medio del Espíritu Santo. Sabéis que nada injusto ni falso está escrito en ellas".

Dios. Así, Clemente de Alejandría, en "Exhortación a los griegos", dice de los autores inspirados: "Aquellos santos hombres no necesitaban de palabras artificiosas, ni tenían que hablar con afán polémico; les bastaba *con ofrecerse sinceramente a la acción del Espíritu Santo*, para que aquel divino plectro, bajado del cielo, usando de los hombres como de instrumentos musicales, cítara o lira, nos revelara las realidades celestiales y divinas"[38]. Además de la analogía con el *instrumento musical*, donde se resaltaba la perfecta y divina *afinación* del instrumento (el hagiógrafo), aunque menos frecuentemente, se han empleado dos más:

- *La pluma de escribir*: aunque la noción de Escritura podía favorecer este símbolo, resulta menos sugestiva. "Al fin y al cabo, la notación gráfica del lenguaje es mucho más artificial y extrínseca, y la colaboración del instrumento es apenas apreciable, pues no se trata de caligrafía" (Schökel). Sin embargo, **San Jerónimo**, a raíz del Salmo 45,2 ("mi lengua es ágil *pluma* de escribano"), hace decir al salmista: "Yo debo preparar mi lengua como un estilo o una pluma, para que con ella escriba el Espíritu Santo en el corazón y en los oídos de los oyentes. A mí me toca ofrecer la lengua como instrumento, a Él le toca hacer resonar su doctrina como por un instrumento. Si la ley fue escrita por el dedo de Dios, por la mano de un mediador... cuánto más el evangelio será escrito con mi lengua por el Espíritu Santo" (considera al salmista como un evangelista porque profetiza a Cristo en el salmo).
- El *órgano corporal*: "Si establezco una distancia reflexiva entre mi proyecto y la mano que lo ejecuta, entre mi pensamiento y la lengua que lo articula, entonces tengo una experiencia de tipo instrumental, en la que destacan el carácter vital y la íntima pertenencia: la obra es tan mía como de mi mano, las palabras tan mías como de mi lengua; y son tan materiales como espirituales. La cabeza manda un impulso por los centros nerviosos, y la mano o la lengua ejecutan la obra". Según esta dimensión de San Agustín desarrollada por Schökel, podríamos imaginar la acción del Espíritu y la del hagiógrafo: el impulso que envía Cristo a su

[38] Casi 17 siglos más tarde, el Magisterio usa la misma expresión de instrumento, sin negar la implicación viva y racional del autor humano: "Partiendo del hecho de que el hagiógrafo, al escribir su libro, es *instrumento* del Espíritu Santo, instrumento vivo y racional" (DAS).

cuerpo es su Espíritu. Extendiendo este ejemplo al cuerpo eclesial de Cristo, apuntamos a la dimensión social, eclesiástica, de los escritores sagrados del NT, "que escriben como órgano de un gran cuerpo misterioso, que es la Iglesia".

La analogía del instrumento la resume Schökel diciendo que el Espíritu "pone el aliento, y mueve y pulsa, cada autor humano pone su timbre, su clave, su lenguaje y estilo. La melodía resultante es de los dos: del Espíritu y del inspirado, una e indivisible, perfectamente humana y misteriosamente divina".

Otra analogía es la del **dictado**, presente en algunos Padres latinos, como si Dios fuese sugiriendo en la conciencia del hagiógrafo el texto sagrado. Usan el verbo "dictar" aplicado a la acción del Espíritu sobre el autor humano, por ejemplo, San Jerónimo, San Agustín, San Gregorio Magno... Schökel, a raíz de la evolución semántica del término "dictare", propone entenderlo flexiblemente, como una colaboración inteligente del que recibe el dictado[39].

Es peculiar el caso de **Orígenes**, de la escuela alejandrina, que ante los montanistas resaltaba la libertad y la conciencia propia de los profetas. Montano consideraba que los autores inspirados perdían totalmente el conocimiento y en éxtasis inconsciente escribían los libros. Frente a estas desviaciones, Orígenes afirma que los profetas debían poseer, "como consecuencia del contacto de su alma con el Espíritu Santo, una mayor fuerza espiritual de penetración y claridad anímica" (*Contra Celsum* 7,4). Las afirmaciones del alejandrino pueden calificarse de equilibradas, por cuanto **ponen en juego la libertad del autor humano**. En una ocasión aislada, sin embargo, Orígenes llega a presentar una formulación de la inspiración como "inspiración verbal", para resaltar cómo cada palabra de la Escritura está perfectamente escogida, como se ve en ejemplos concretos.

[39] Schökel cita otros dos símbolos, pero sin atribuirlos a los Santos Padres, aunque sugeridos por alguno de ellos o por la Escritura: una tercera imagen es entender al hagiógrafo como un **mensajero**. No como un simple transportador de noticias, sino como "heraldo del Señor", aquel que representa al emisor del mensaje (Dios en este caso) y habla en su nombre porque ha entendido y asimilado con fidelidad literal el mensaje, que a su vez transmite a otros. El último símbolo señalado por Schökel es el de **un autor y sus personajes**. Los grandes autores, por ejemplo, de obras de teatro o de novelas, imprimen tal fuerza y belleza a sus obras que son capaces de que sus personajes representen su papel haciéndolo totalmente suyo. Cuánto más lo consigue Dios en el fenómeno de la inspiración con respecto a los autores humanos, que encarnan su Palabra, la viven y la plasman por escrito.

> "Con toda exactitud ha colocado intencionadamente el Espíritu Santo el versículo del Salmo (11,7) por medio de sus ministros de la palabra, a fin de que tampoco para vosotros permanezca oculto el fundamento según el cual **la Sabiduría de Dios ha concebido toda la Escritura inspirada hasta la letra casual**. Quizá dijo por ello el Redentor: «ni una iota ni ápice desaparecerá de la Ley hasta que todo se cumpla»... Por ello aceptamos, acerca de todo lo que ha sido escrito por la inspiración del Espíritu Santo, que la santa Providencia, que concede una sabiduría superior a la del hombre, ha sembrado en el género humano palabras de salvación por medio de las Escrituras, y, por así decirlo, **a cada una de las letras**, según su propia capacidad, huellas de la sabiduría" (*In Psalmos* I,4).

Por otra parte, son interesantes las aportaciones de estos dos Santos Padres:

- **San Juan Crisóstomo**, de la escuela antioquena, se aproxima a Orígenes en la idea de inspiración verbal: "En las Sagradas escrituras no hay nada sobrante o superfluo, aunque se trate de una iota o ápice" (PG 51,187), pero sin considerar por ello que el autor humano (el profeta inspirado) sea totalmente pasivo: "[el Espíritu Santo] hace que el corazón [del profeta] comprenda lo que dice" (*In Psalmos* 44,1).
- **San Agustín** habla con frecuencia de los hagiógrafos como ***auctores*** a la vez que se refiere a la Escritura como un *dictado* (¿sentido amplio o sentido estricto?) que se remonta a Cristo. Por otra parte, afirma claramente la **cooperación** de Dios y el hombre, aunque con cierta confusión: "Dios habla por medio de un hombre al modo de los hombres, porque también nos busca con tal lenguaje" (De civitate Dei, 17,6). "Ni siquiera Juan ha hablado como es, sino como pudo, porque como hombre ha hablado de Dios, *ciertamente inspirado por Dios, pero a pesar de ello como hombre.* Porque estaba inspirado dijo algo, y si no hubiera estado inspirado no hubiera dicho nada. Pero porque era un hombre inspirado no ha dicho todo lo que es, sino que ha dicho todo lo que podía decir como hombre" (*In Joanem* 1,1).

3.3. La propuesta de Santo Tomás

La cuestión se retomó en tiempo de la Escolástica, que planteó directamente cuál era la relación de Dios y del hagiógrafo en la inspiración de los libros sagrados. **Santo Tomás de Aquino** ofreció una reflexión profunda sobre la naturaleza de la inspiración bíblica, recurriendo a la noción de causa eficiente:

> *Dios es el autor principal de la Sagrada Escritura (causa eficiente), el hombre es la causa eficiente instrumental.*

Como veremos en el siguiente punto, la no comprensión de lo que Santo Tomás comprendía por causalidad eficiente instrumental llevó a la teología por caminos errados. Por eso nos detenemos ahora a explicarlo sucintamente.

En el orden de la causa eficiente el Aquinate distingue una **causa eficiente principal y una instrumental**. La causa eficiente instrumental es *siempre* una causa segunda y, por tanto, dependiente en su obrar de la moción de la causa primera. Además, *la acción de la causa instrumental* puede ser doble:

- Una acción que corresponde a su ***forma propia***. Así, por ejemplo, a la sierra le corresponde como forma propia "serrar", y, a la razón, "razonar".
- Una acción que es ***instrumental***, y que, por tanto, no puede ejercitarse sino en cuanto es aplicada al acto por la causa principal y elevada por ésta a producir un efecto **superior** al que está determinado por su propia forma. Así, por ejemplo, a la razón no le corresponde como forma propia conocer sucesos futuros, pero sí podría conocerlos como causa instrumental.

Esta virtud operativa es transeúnte y opera sólo cuando es movida por el agente principal. De modo que, cesada la acción del agente principal, cesa también la del instrumento.

De la conjunción de ambas causas se produce el efecto. El instrumento causó, con la causa principal, **todo el efecto**. Ambas actúan como única causa en la producción del efecto. Y, por ello, la misma obra se atribuye toda al instrumento y toda al agente principal, aunque no de la misma manera. Al instrumento se le atribuye como

agente inmediato de la acción que obra gracias a una capacidad recibida, y a la causa principal como a quien obra por su propia fuerza.

Ahora bien, ¿cómo se aplica todo esto a la inspiración del texto sagrado? En primer lugar, Santo Tomás tiene en cuenta dos factores: la plenitud de perfección de Dios, Causa principal, y la naturaleza racional y libre del hombre, agente instrumental.

- **Dios**, como agente principal, **obró por una perfección propia**, y se sirvió del escritor sagrado, capacitándole con una virtud instrumental para obrar muy por encima de las energías de su naturaleza: **le dio un entender más alto y profundo**, un querer más fuerte y un obrar más pleno.
- El **escritor sagrado** poseía una peculiar capacidad operativa -acción propia-, conforme a **sus talentos y aptitudes**. Dispuso de estas cualidades para redactar su libro y, ciertamente, dejaron su impronta en la obra. Dios, al escogerle, quiso servirse de esas condiciones humanas: su pensamiento y capacidad de decisión, su lenguaje, su modo de concebir y ordenar las cosas, etc. Por eso, la acción y la intencionalidad del escritor sagrado no se sitúa al margen de la acción y la intencionalidad de Dios, sino a su servicio, sin perder las características humanas.

Por tanto, conforme a Santo Tomás, el Espíritu Santo inspiró para esta tarea al que sería su **instrumento plenamente apto**, al que había elegido desde toda la eternidad y dotado de las cualidades humanas pertinentes. Por tanto, no fue la acción propia del hagiógrafo una limitación o una traba a la acción inspirante de Dios, sino la acción querida por Él como la más conveniente para ejecutar su designio.

Al hacer participar de su causalidad al hagiógrafo, **Dios actuó con él como una única causa**, en una profunda identificación de intenciones. La causalidad divina abarcó y trascendió, conformándolo a su designio, el obrar del escritor humano.

El don que permitió al hagiógrafo colaborar en una tarea que trascendía las energías de su naturaleza (el carisma de la inspiración), como virtud instrumental, no radicaba en él de modo estable, pues **de suyo era transitorio**. El don actuó únicamente cuando recibía el influjo sobrenatural del Espíritu Santo, en el sentido inspirador.

3.4. La reflexión posterior

La propuesta de Santo Tomás marcó el planteamiento del tema hasta nuestros días, aunque por desgracia no se entendió correctamente. Se siguió usando su terminología ("causa eficiente" y "causa instrumental"), pero concibiéndola de modo diverso y simplista. De este modo, se introdujo un concepto de inspiración según el cual la relación entre Dios y el hombre aparecía como excluyente. Es decir, que lo que aportase uno al texto final no lo podía aportar el otro, y viceversa.

Según esta concepción, cuanto más contribuye Dios al texto sagrado, menos lo hace el hombre; y si el hombre pone el 70% de lo necesario para elaborar el texto inspirado, Dios pone necesariamente el 30%. Bajo este esquema excluyente, en el que ambos colaboradores son en el fondo competidores, se moverán las discusiones en los siglos posteriores, alejándose de lo que realmente propuso Santo Tomás. Los autores más equilibrados, lo más que aportaron fue equilibrar la balanza otorgando la mitad de la actividad a cada uno.

Se ofrecieron diversas hipótesis sobre la inspiración que intentaban explicar la relación Dios-hagiógrafo, pero todas dentro de este esquema defectuoso.

Así, en el s. XVI **Melchor Cano** (1509-1560) mantiene que los libros se compusieron "bajo el dictado del Espíritu Santo", extendiendo la actividad divina hasta las más pequeñas verdades. Respecto al evangelio, dice: "Éste fue escrito con gran esmero y bajo la inspiración de la asistencia divina, de modo que **no existe ninguna palabra en él, ni un ápice siquiera, que no haya sido aportado por el Espíritu Santo**" (*De locis theologicis* II,16). Ahora bien, al intentar precisar cómo se realiza la inspiración en el hagiógrafo, introduce una **distinción novedosa entre la "revelación" y la "inspiración" del hagiógrafo**. La primera era la "manifestación de verdades sobrenaturales", y la segunda el "carisma redaccional de los libros sagrados". El hagiógrafo siempre estaba inspirado por Dios al escribir, pero no siempre recibía revelación divina:

> "Los hagiógrafos, para poner por escrito las partes pequeñas concretas de la Biblia, no necesitaron una revelación propia y expresa, más

> bien todo fue puesto por escrito gracias a un estímulo e inspiración especial del Espíritu Santo (...). Nada escribieron a ciegas, sino que el Espíritu mismo dirigía su pluma para que no se desviaran al escribir (...). Sin embargo, no afirmamos que cada parte de la Sagrada Escritura haya sido compuesta por una revelación inmediata el Espíritu Santo (...). Porque en lo que los hagiógrafos escribieron hay dos tipos de cosas. Unas que conocieron sólo por revelación sobrenatural, y éstas proceden, según las palabras de Basilio, del Espíritu Santo; pero otras las habían visto con sus ojos y palpado con sus manos, y las poseían, por tanto, por conocimiento natural. Y **para escribir estas últimas no necesitaron, como dijimos arriba, ninguna luz sobrenatural ni revelación expresa**, sino la presencia del Espíritu Santo y su ayuda especial para que lo que era humano y conocido por el entendimiento natural, **fuera consignado sin error por la ayuda de Dios**" (*De locis theologicis* II,18).

Cano puede dar a entender que bastaba que el Espíritu Santo excluyera todo error de los enunciados que el hagiógrafo iba escribiendo para hablar de "inspiración". Podría entenderse que no era necesario que se diese el carisma de revelación en la elaboración de los libros sagrados. La acción de Dios en esta concepción de la inspiración corre el peligro de quedar reducida, por tanto, a ser un mero "corrector de herejías".

Domingo Báñez (1528-1604), discípulo de Cano, casi reduce la acción del hombre a un mero amanuense que recibe de Dios el dictado verbal de lo que debe escribir: "El Espíritu Santo no sólo ha inspirado el contenido de la Escritura, sino que también ha dictado y sugerido las palabras concretas con que debía escribirse ese contenido" (*Scholastica comentaria in Primam Parte Angelici Doctoris* q.1 a.8).

Aunque Báñez no llega a afirmar que esta teoría de la inspiración verbal es doctrina de fe, la considera más segura que la teoría de la inspiración real (véase el siguiente párrafo). Si no fuera por ella, no habría diferencia entre la Sagrada Escritura y las definiciones infalibles de los Concilios. La teoría y formulación de Báñez sobre la inspiración verbal obtuvo la aprobación y el reconocimiento de la escuela tomista hasta más allá del siglo XIX, así como la de importantes teólogos jesuitas como Roberto Belarmino y Suárez[40].

[40] Suárez, sin embargo, cuando debe explicar el proceso en sí, matiza: "Cuando un autor de la Escritura canónica escribe algo que de suyo corresponde al ámbito humano y es accesible a los senti-

En 1587 **Lesio** presentó su novedosa "**Teoría de la inspiración real**", según la cual no era necesario que todas las palabras de la Biblia estuviesen inspiradas/reveladas, y ni siquiera todas las frases. Es más, **algún libro podría haber sido escrito sin inspiración**, y haber llegado a ser Sagrada Escritura por el testimonio posterior de Dios sobre su ausencia de errores:

> "1. Para que algo sea Sagrada Escritura no es necesario que sus palabras concretas estén inspiradas por el Espíritu Santo.
>
> 2. No es tampoco necesario que las verdades y sentencias concretas estén inmediatamente inspiradas al autor mismo por el Espíritu Santo.
>
> 3. Algún libro (como quizás el segundo de los Macabeos), escrito por diligencia humana inasistida del Espíritu Santo llega a ser Escritura sagrada si el Espíritu Santo testifica después que no hay en él nada falso".

Las dos primeras tesis respaldan la teoría de la **inspiración real**, algo que la Iglesia no había censurado en ningún momento, por más que en esta época no encontrara defensores. El verdadero problema lo presentaba la tercera tesis, que proponía una nueva teoría de la inspiración: el influjo divino en la composición de la Escritura queda desplazado a la **mera aprobación posterior por parte de Dios**, lo cual puede suscitar numerosos problemas. De entrada, una posición así sólo es compatible con una teoría real de la inspiración y **contradice frontalmente la teoría verbal**. El hecho de que Lesio se atreviera a nombrar un libro sagrado (2 Mac) hizo que la cuestión se presentara con tintes más graves. En las Universidades de Lovaina y de Douai hubo una reacción de extraordinaria violencia. El mismo Lesio, ante las reacciones contrarias, tuvo que matizar sus tesis, aunque manteniendo sus aspectos fundamentales.

J. Bonfrère, por su parte, habló de **tres clases de inspiración**, aplicándolas al esquema de Lesio. En la elaboración de cada uno de los libros bíblicos, Dios habría ejercido una de las siguientes inspiraciones:

dos, entonces parece bastar que el Espíritu le preste una asistencia especial y le preserve así de todas las palabras equivocadas, falsas e inconvenientes a esta Escritura (...), y en lo demás permite que el escritor utilice, al escribir, las imágenes de su memoria y su propia diligencia" (*De Regulis fidei* III,5).

- *Inspiración antecedente*: la acción de Dios ejerciendo un influjo previo en el autor humano, otorgándole ciertos conocimientos que luego con su habilidad pondría por escrito.
- *Inspiración concomitante*: es la presencia de Dios durante la redacción del texto sagrado, imposibilitando que el hagiógrafo incluyese algún error en el texto.
- *Inspiración subsiguiente*: es el testimonio posterior de Dios una vez que el libro ya está escrito, confirmando su validez.

Posteriormente **D.B.Haneberg** (s. XIX) adoptó el esquema de Bonfrère y fue más allá: clasificó los libros bíblicos según este modelo, y atribuyó la inspiración antecedente a los libros proféticos, la concomitante a los de carácter doctrinal, y la subsiguiente a los empírico-históricos. Además, fijó la aceptación e inclusión de un libro en el canon, por parte de la Iglesia, como el momento decisivo para el carácter inspirado (no reclama, por tanto, ni siquiera una aprobación peculiar por parte de Dios):

> "Es posible que alguna Escritura haya sido primeramente compuesta de modo totalmente exclusivo por las fuerzas humanas ordinarias, y que sólo por el hecho de haber entrado en el canon haya sido elevada a palabra de Dios y, también por ello, haya sido hecha inspirada (inspiratio subsequens)" (*Versuch einer Geschichte der biblischen Offenbarung*)

Su postura fue **condenada por el Concilio Vaticano I**, junto a la postura de J. Jahn, que rechazaba todo influjo previo de Dios sobre los autores de los libros canónicos: "Llamamos inspiración a la asistencia divina para preservación de los errores".

Como se ve, las hipótesis era cada vez más alarmantes. Frente a tal caos, en 1870 ***Franzelin*** propuso una solución aparentemente más sensata: en la inspiración Dios era el **autor de los conceptos e ideas** que transmitía al hombre, el cual ponía las expresiones concretas que daban cuerpo a las ideas inspiradas. Sin embargo, ya el P. Lagrange mostró que eso no era posible, pues no se pueden pensar los conceptos sin las palabras mismas.

Todas las propuestas seguían encerradas en una concepción excluyente de la relación Dios-hagiógrafo, y mientras no se saliese

de ella, todas las posiciones oscilarían entre afirmar más la acción del hombre o la de Dios, sin salir del problema.



Decreto *"Lamentabili"* de Pío X (1907)

Se condenaron como heréticas las siguientes tesis modernitas sobre la inspiración:

1- "Los que creen que Dios es verdaderamente el autor de la Sagrada Escritura manifiestan una simplicidad o una ignorancia excesivas".
2- "La inspiración de los libros del AT consiste en lo siguiente: los escritores de Israel transmitieron sus doctrinas religiosas desde un punto de vista que era poco o nada conocido por los paganos".
3- "La inspiración divina no se extiende a toda la Sagrada Escritura, de forma que prevenga de todo error a todas y a cada una de sus partes".
4- "Si el exegeta quiere entregarse provechosamente a los estudios bíblicos, tiene que dejar al margen toda opinión preconcebida sobre el origen sobrenatural de la Escritura y no interpretarla de modo distinto de los otros documentos humanos".

3.5. La respuesta del Magisterio

El Magisterio de la Iglesia fue poco a poco mostrando la necesidad de salir de esta dialéctica problemática, y dando pasos hacia una solución más satisfactoria. Veamos los hitos más significativos:

- *Providentissimus Deus* (1893): el Papa *León XIII* presentó la inspiración como una **triple acción del Espíritu** en el hagiógrafo (y no en el texto escrito), que movía el empleo de la inteligencia, la voluntad y los órganos ejecutorios[41].

- *Spiritus Paraclitus* (1920): *Benedicto XV*, al tiempo que confirmaba la doctrina de León XIII, subrayó que la gracia de Dios –y la

[41] "Él de tal manera los excitó y movió con su influjo sobrenatural para que escribieran, de tal manera los asistió mientras escribían, que ellos concibieran rectamente todo y sólo lo que Él quería, y lo quisieran fielmente escribir, y lo expresaran aptamente con verdad infalible". Se trata del modelo leonino o modelo psicológico de inspiración: concebir en la mente (entendimiento) – decidirse a escribir un libro (voluntad) – expresión escrita (ejecución). La inspiración opera en esos tres niveles. Este es un modelo que se repetirá en los manuales clásicos hasta el Vaticano II.

inspiración es una gracia– respeta las facultades humanas: "cada uno de sus autores, según su temperamento y su propio espíritu (...) **colaboró libremente** con la inspiración de Dios".

- *Divino Afflante Spiritu* (1943): *Pío XII* indicó que en la redacción de los libros sagrados, el hombre actúa con plena libertad y uso de sus capacidades. No es por tanto anulado por la acción divina de la inspiración.
- *Dei Verbum* 11: El Concilio Vaticano II llevó hasta el final las enseñanzas del Magisterio anterior, dejando atrás definitivamente la idea de que el hagiógrafo es mero instrumento pasivo. Por primera vez, el Magisterio otorgó al hagiógrafo el título de "**verdadero autor**" de la Sagrada Escritura:

> Pero en la redacción de los libros sagrados, Dios eligió a hombres, que utilizó usando de sus propias facultades y medios, de forma que obrando El en ellos y por ellos[42], escribieron, como verdaderos autores, todo y sólo lo que Él quería.

La *Dei Verbum* habla por tanto de **dos autores verdaderos** de la Biblia[43]: Dios, y la multitud de hagiógrafos que han intervenido en la elaboración de los 73 libros canónicos. Sin embargo, no entra a describir cómo es la relación entre ambos en la inspiración. Deja esa tarea a los teólogos, aunque quedando bien marcado el camino.

Por una parte, era necesario **abandonar el modelo excluyente** que había dominado la reflexión de siglos anteriores. Por otra parte, se debía encuadrar el problema en el **contexto más amplio** de la relación hombre-Dios. Dios y el hombre no están en rivalidad, sino que una mayor presencia de Dios en el hombre lleva a una mayor plenitud de la humanidad, también cuando Dios inspira su palabra al hagiógrafo.

[42] La fórmula *ut Ipso in illis et per illos agente* constituyó una gran novedad respecto a los primeros esquemas de la DV. En efecto, en los primeros esquemas aparecía una formulación más clásica centrada en la "causalidad principal / causalidad instrumental". El problema fundamental de esta última expresión estaba en el término "instrumento" que a muchos Padres conciliares les parecía reducido para describir tanto la acción de los hagiógrafos como su libertad y personalidad. Entre las virtudes de la nueva fórmula estaba el origen bíblico de la expresión "(Dios actúa) en y por medio de (los hombres)".

[43] También la fórmula "verdaderos autores" (*veri auctores)* aplicada a los hagiógrafos supone una novedad. Ciertamente tiene sus antecedentes en los Padres de la Iglesia, pero se había abandonado en la reflexión teológica dominante, sustituyéndola por el término *instrumento*. La insistencia sobre el carácter de *verdaderos* autores se juzgó necesaria para contrarrestar la idea de un autor *secundario o instrumental,* casi un secretario, que en realidad no es un *verdadero* autor.

Decir que el hagiógrafo está inspirado supone, por tanto, decir que su libertad y su entendimiento alcanzan –gracias a esa inspiración– cimas de por sí inaccesibles al hombre por sus propias fuerzas. **El hagiógrafo es llevado por la gracia a una plenitud insospechada**, que le permite penetrar del modo más verdadero posible en la plenitud de lo real, y poner por escrito "todo y solo lo que Dios quería", conforme a su tiempo y a su situación, que no son eliminados por la inspiración.

En este sentido, la palabra del hagiógrafo siempre será limitada en cuanto palabra de un ser humano. No puede decirlo todo a la vez, y está condicionada por su cultura y mentalidad personal. Por eso es necesario interpretarla e iluminarla con las palabras de los demás hagiógrafos inspirados.

Recordemos las palabras de San Juan Pablo II en el discurso introductorio a PCB1 (n.8):

> «Una idea falsa de Dios y de la Encarnación lleva a algunos cristianos a tomar una orientación contraria. Tienden a creer que, siendo Dios el ser absoluto, cada una de sus palabras tiene un valor absoluto, independiente de todos los condicionamientos del lenguaje humano.

No conviene, según ellos, estudiar estos condicionamientos para hacer distinciones que relativizarían el alcance de las palabras.

Pero eso equivale a engañarse y rechazar, en realidad, los misterios de la inspiración escriturística y de la Encarnación, ateniéndose a una noción falsa del ser absoluto.

El Dios de la Biblia no es un ser absoluto que, aplastando todo lo que toca, anula todas las diferencias y todos los matices. Es, más bien, el Dios creador (...). Lejos de anular las diferencias, Dios las respeta y valora. *Cuando se expresa en lenguaje humano, no da a cada expresión un valor uniforme, sino que emplea todos los matices posibles con una gran flexibilidad, aceptando también sus limitaciones*. Esto hace que la tarea de los exegetas sea tan compleja, necesaria y apasionante. No puede descuidarse ningún aspecto del lenguaje.

[...]. *El estudio de los condicionamientos humanos de la palabra de Dios debe proseguir con interés renovado incesantemente.*

Conclusión

Todos los libros del AT y del NT han sido escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, teniendo por tanto como **verdaderos autores a Dios, que es quien toma la iniciativa, y al hagiógrafo, que pone todas sus cualidades al servicio de esta misión divina**. A lo largo de la historia de la Iglesia se han presentado muchos modelos de inspiración, cada uno con sus puntos fuertes y sus flaquezas. En el siglo XX, con el Concilio Vaticano II se han conseguido superar esquemas deficientes y se ha aportado una guía segura para seguir profundizando teológicamente en la cuestión de la inspiración.

Concluimos este tema remitiendo a *Verbum Domini* 19, el último documento magisterial hasta la fecha sobre la Biblia:

> "Un concepto clave para comprender el texto sagrado como Palabra de Dios en palabras humanas es ciertamente el de **inspiración**. También aquí podemos sugerir una **analogía**: así como el Verbo de Dios se hizo carne por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, así también la Sagrada Escritura nace del seno de la Iglesia por obra del mismo Espíritu. La Sagrada Escritura es «la Palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo». De ese modo, se reconoce toda la **importancia del autor humano, que ha escrito los textos inspirados** y, al mismo tiempo, a Dios como el verdadero autor. Como han afirmado los Padres sinodales, aparece con toda evidencia que el tema de la inspiración es decisivo para una adecuada aproximación a las Escrituras y para su correcta hermenéutica, que se ha de hacer, a su vez, en el mismo Espíritu en el que ha sido escrita. Cuando se debilita nuestra atención a la inspiración, se corre el **riesgo de leer la Escritura más como un objeto de curiosidad histórica que como obra del Espíritu Santo**, en la cual podemos escuchar la voz misma del Señor y conocer su presencia en la historia".

Ejercicios de autocomprobación

1. ¿En qué se diferencia la inspiración de la Sagrada Escritura de cualquier otro escrito religioso?
   a. En la antigüedad.
   b. Sólo la Sagrada Escritura es Palabra de Dios.
   c. Difieren en que la Biblia nos acerca mucho más a Cristo.
2. ¿Qué enseñanzas importantes sobre la inspiración encontramos en 2 Tim y en 2 Pe?
   a. Que toda la Sagrada Escritura es inspirada por Dios y que otorga la sabiduría que conduce a la salvación.
   b. Fue escrita por hombres llevados por el Espíritu Santo que hablaron de parte de Dios.
   c. Todas son correctas.
3. La constitución *Dei Verbum* afirma que:
   a. Las verdades reveladas que encontramos en la Sagrada Escritura son las que han sido inspiradas por el Espíritu Santo, el resto son obra del autor humano.
   b. Todos los libros enteros del Antiguo y Nuevo Testamento con todas sus partes tienen a Dios como autor.
   c. La inspiración del AT difiere de la del NT porque sus autores no eran cristianos.
4. En la época patrística la relación entre el autor humano y el autor divino de la Escritura se comprende según la imagen de:
   a. Un instrumento o una pluma de escribir
   b. Un magnetófono
   c. Ninguna es correcta
5. San Tomás de Aquino profundiza en la naturaleza de la inspiración bíblica comprendiendo:
   a. La fuerza de Dios ilumina de tal modo al hagiógrafo que este apenas alcanza a comprender lo que escribe.
   b. La acción del Espíritu Santo es permisiva con los errores humanos para que quede constancia de la colaboración humana.
   c. El autor humano, con sus talentos, conocimiento y aptitudes, es capacitado por Dios para obrar por encima de su naturaleza, de modo que Dios actúa con él como única causa